

## **Eficacia de un psicoanálisis en la vida cotidiana.**

En 1932 Einstein y Freud mantuvieron un pequeño diálogo epistolar que conocemos a través del artículo freudiano “¿Por qué la guerra?”. El físico fue quien inició el intercambio con una pregunta: “¿Hay algún camino para evitar a la humanidad los estragos de la guerra?” Freud para abordar la cuestión que Einstein le plantea, nos conduce por los caminos de la pulsión: donde Eros se encuentra con la pulsión de muerte y cómo esta última deviene, para el ser hablante, en pulsión de destrucción.

Freud afirma en ese texto: “...creo que la principal razón por la cual nos sublevamos contra la guerra es que no podemos hacer otra cosa. Somos pacifistas porque nos vemos precisados a serlo por razones orgánicas. Después nos resultara fácil nuestra actitud mediante argumentos”.

No se trata de abordar cuestiones de índole nacional, política, o sociológicas. La pregunta que me surge es menos pretenciosa; se sitúa en las pequeñas batallas cotidianas, aquellas por las cuales los sujetos padecen, sufren, se angustian, nos consultan. Las fijaciones a goces mortíferos que los dejan retenidos en modalidades destructivas, fumando hasta morir o en los avatares del malestar con los otros, una de las fuentes principales de padecimiento, según plantea Freud en “El malestar en la cultura” ¿En algún punto como psicoanalistas, podríamos declararnos pacifistas?

Partamos de algunos posibles acuerdos:

-El psicoanálisis no es eficiente, ni rápido, ni presta garantías. No busca un uso racional de los medios para alcanzar un objetivo determinado. El psicoanálisis se dirige al sujeto del deseo y que este emerja como consecuencia del acto del analista. No siempre y sin garantías. Esto implica la renuncia de los psicoanalistas a la condición de supuestos héroes modernos. Que se produzcan efectos terapéuticos en las curas que conducimos, necesarios por cierto, no quiere decir que desviemos su orientación. Que el psicoanálisis apueste a “*deshacer por la palabra lo que fue hecho por la palabra*”(2) ubica una eficacia, la que se sostiene en el inconsciente y se dirige al síntoma que acosa a quien nos consulta.

- Qué entendemos por vida cotidiana. Quizá nos oriente el siguiente fragmento: “... el mantenimiento del progreso frente a la creciente competencia, sólo se ha logrado mediante un gran trabajo intelectual, y sólo éste es capaz de conservarlos. La lucha por la vida exige del individuo muy altos rendimientos, que puede satisfacer únicamente si apela a todas sus fuerzas espirituales; al mismo tiempo, en todos los círculos han crecido los reclamos de goce en la vida... todo se hace de prisa y en estado de agitación: la noche se aprovecha para viajar, el día para los negocios, aún los "viajes de placer" son ocasiones de fatiga para el sistema nervioso; la inquietud producida por las grandes crisis políticas,

*industriales, financieras, se transmite a círculos de población más amplios que antes; la participación en la vida pública se ha vuelto universal: luchas políticas, religiosas, sociales, la actividad de los partidos, las agitaciones electorales, el desmesurado crecimiento de las asociaciones, enervan la mente e imponen al espíritu un esfuerzo cada vez mayor, robando tiempo al esparcimiento, al sueño y al descanso; la vida en las grandes ciudades se vuelve cada vez más refinada y desapacible. Los nervios embotados buscan restaurarse mediante mayores estímulos, picantes goces, y así se fatigan aún más...” (3)*

Competencia, reclamos de goce, fatiga, altas exigencias a las que está expuesto el individuo, agitación, prisa, luchas de todo tipo. No podemos desconocer que esta descripción se aproxima bastante a la que podríamos hacer de nuestra vida cotidiana hoy, aunque fue hecha por un sociólogo, Erb, hace más de 120 años y que Freud cita. La actualidad de esa descripción acentúa una dimensión que trasciende cada época, lo cotidiano de la vida no quedaría determinado totalmente por la época, no es del orden de lo presente, sino de lo actual de la estructura del sujeto. Ese fragmento entrama un real que no tiene época. Si real, simbólico e imaginario son los tres registros esenciales de la realidad humana -realidad que se va tejiendo en el encuentro con otros-, será en ese anudamiento que encontraremos lo actual, que teje nuestra vida cotidiana en 1890 y en el 2014.

¿De qué padece entonces el ser hablante? Ha de ser de algo que no tiene época. Ese anudamiento RSI que Lacan nos propone nos da la pauta. De esa estructura el sujeto no podrá curarse.

El sujeto se enlaza a otros, en este enjambre de demandas imperiosas, asistiendo y resistiendo con inhibiciones, síntomas, angustias, manifestaciones impulsivas, desasosiego que lo dejan vulnerable en la búsqueda de un remedio-remiendo a esa división. La castración en este punto no es una anécdota, es necesario que la apuesta del análisis haga de ella experiencia.

Una paciente, hace algunos años, me dijo, luego de un tiempo de análisis muy difícil : *“es como volver de la guerra, todo lo que vi, lo que pasé, el dolor, la miseria humana, la tristeza, ver los restos ¿cómo se hace para volver a relacionarme con los demás, mis amigos, mis padres, después de haber visto y atravesado eso? Sólo atiné a responderle: quizá más pacíficamente”*. Dejar de escuchar en los otros el tono imperativo de su madre, ante el cual se doblegaba o se rebelaba, le permitió encontrarse de otro modo en sus relaciones cotidianas. Entrelazar la pulsión escópica, y así hacerse mirar y no desaparecer como objeto tras una cámara de fotos, con la posibilidad de hablar, en principio en el análisis, fue el puntapié inicial que relanzó su deseo como cineasta.

Lacan se pregunta en 1953 *“¿Qué es esa experiencia singular entre todas, que va a aportar transformaciones tan profundas a esos sujetos? ¿Y qué son tales transformaciones? ¿Cuál es su resorte?”* Curiosamente responde que *“el hombre común, público no parece sorprenderse de la eficacia de esta experiencia que se desarrolla en palabras”* y agrega con una simpleza que agradezco: *“tiene razón, puesto que funciona y para explicarla parecería que no tuviéramos de entrada más que demostrar el movimiento andando. Hablar es ya introducirse en el sujeto de la experiencia analítica.* Sujeto del deseo, que por hablar, no sólo desplegará los significantes de su historia, aquellos con los cuales se ha hecho una trama ficcional que le da un lugar ante la pregunta por el deseo del Otro, ante la castración; también desplegará, lo mudo pulsional, con sus enlaces que lo dejan más o menos a la vera de los caminos del goce.

Ese sujeto de la experiencia incluye lo que queda irremediabilmente por fuera, un real que insiste mas allá de las épocas, y constituye el centro de esa miseria neurótica de la que Freud nos cuenta. Poder ***hacer allí*** con eso que escapa a todo análisis posible, que insistirá en nuestra vida cotidiana, ubica una eficacia del psicoanálisis en un análisis, uno por uno. No se tratará de eliminarlo, y por ello el psicoanálisis como práctica incluye algo inédito en el lazo. Volver al discurrir cotidiano, apostando a un mejor calce entre amor, deseo y goce, acaso ¿no pacifica el lazo con los otros?

No será por amar más al prójimo, o desearle el bien, o abstenernos de algunos goces, que los psicoanalistas podríamos declararnos pacifistas, aunque algo de ello sea esperable en el encuentro con los otros. Será por su eficacia en la inscripción de la castración como hecho de experiencia en el lazo con el otro, que podrá recoger, como efecto, una mayor tolerancia en esa trama que implica la vida cotidiana. No siempre y sin garantías, pero vale la apuesta.

Maren Balseiro

### **Eficacia de un psicoanálisis en la vida cotidiana.**

En 1932 Einstein y Freud mantuvieron un pequeño diálogo epistolar que conocemos a través del artículo freudiano *“¿Por qué la guerra?”*. El físico fue quien inició el intercambio con una pregunta: *“¿Hay algún camino para evitar a la humanidad los estragos de la guerra?”* Freud en el intento de responder, nos conduce por los caminos de la pulsión. Allí donde Eros se encuentra con la pulsión de muerte, alertando sobre cómo esta última trabaja dentro del ser humano, y deviene en pulsión de destrucción.

Freud afirma en ese texto: *“...creo que la principal razón por la cual nos sublevamos contra la guerra es que no podemos hacer otra cosa. Somos pacifistas porque nos vemos precisados a serlo por razones orgánicas. Después nos resultara fácil nuestra actitud mediante argumentos”*.

La eficacia del psicoanálisis no pretende abordar cuestiones de índole nacional, política, o sociológicas. La pregunta que quiero plantear es menos pretenciosa; se sitúa en las pequeñas batallas cotidianas, aquellas por las cuales los sujetos padecen, sufren, se angustian, nos consultan. Las fijaciones a goces mortíferos que los dejan retenidos en modalidades destructivas, fumando hasta morir o en los avatares del malestar con los otros, una de las fuentes principales de padecimiento, según plantea Freud en “El malestar en la cultura”, vínculos terroríficos a veces, goces desanudados, deseos locos, inhibiciones que impiden el encuentro. Eso que ya el maestro vienés dio en llamar “miseria neurótica” y que encuentra realización en la vida cotidiana de cada quien. ¿En algún punto como psicoanalistas, podríamos declararnos pacifistas?

Partamos de algunos posibles acuerdos:

-El psicoanálisis no es eficiente, ni rápido, ni presta garantías. No busca un uso racional de los medios para alcanzar un objetivo determinado. El psicoanálisis se dirige al sujeto del deseo y que este emerja como consecuencia del acto del analista. No siempre y sin garantías. Esto implica la renuncia de los psicoanalistas a la condición de supuestos héroes modernos. Que se produzcan efectos terapéuticos en las curas que conducimos, necesarios por cierto, no quiere decir que desviemos su orientación. Que el psicoanálisis apueste a *“deshacer por la palabra lo que fue hecho por la palabra”*(2) ubica una eficacia, la que se sostiene en el inconsciente y se dirige al síntoma que acosa a quien nos consulta.

- Qué entendemos por vida cotidiana. Quizá nos oriente el siguiente fragmento: *“... el mantenimiento del progreso frente a la creciente competencia, sólo se ha logrado mediante un gran trabajo intelectual, y sólo éste es capaz de conservarlos. La lucha por la vida exige del individuo muy altos rendimientos, que puede satisfacer únicamente si apela a todas sus fuerzas espirituales; al mismo tiempo, en todos los círculos han crecido los reclamos de goce en la vida... todo se hace de prisa y en estado de agitación: la noche se aprovecha para viajar, el día para los negocios, aún los "viajes de placer" son ocasiones de fatiga para el sistema nervioso; la inquietud producida por las grandes crisis políticas, industriales, financieras, se transmite a círculos de población más amplios que antes; la participación en la vida pública se ha vuelto universal: luchas políticas, religiosas, sociales, la actividad de los partidos, las agitaciones electorales, el desmesurado crecimiento de las asociaciones, enervan la mente e imponen al espíritu un esfuerzo cada vez mayor, robando tiempo al esparcimiento, al sueño y al descanso; la vida en las grandes ciudades se vuelve*

*cada vez más refinada y desapacible. Los nervios embotados buscan restaurarse mediante mayores estímulos, picantes goces, y así se fatigan aún más...” (3)*

Competencia, reclamos de goce, fatiga, altas exigencias a las que está expuesto el individuo, agitación, prisa, luchas de todo tipo. No podemos desconocer que esta descripción se aproxima bastante a la que podríamos hacer de nuestra vida cotidiana hoy, aunque fue hecha por un sociólogo, Erb, hace más de 120 años y que Freud cita. La actualidad de esa descripción acentúa una dimensión que trasciende cada época, lo cotidiano de la vida no quedaría determinado totalmente por la época, no es del orden de lo presente, sino de lo actual de la estructura del sujeto. Ese fragmento entrama un real que no tiene época. Si real, simbólico e imaginario son los tres registros esenciales de la realidad humana -realidad que se va tejiendo en el encuentro con otros-, será en ese anudamiento que encontraremos lo actual, que teje nuestra vida cotidiana en 1890 y en el 2014.

¿De qué padece entonces el ser hablante? Ha de ser de algo que no tiene época. Ese anudamiento RSI que Lacan nos propone nos da la pauta. De esa estructura el sujeto no podrá curarse.

El sujeto se enlaza a otros, en este enjambre de demandas imperiosas, asistiendo y resistiendo con inhibiciones, síntomas, angustias, manifestaciones impulsivas, desasosiego que lo dejan vulnerable en la búsqueda de un remedio-remiendo a esa división. La castración en este punto no es una anécdota, es necesario que la apuesta del análisis haga de ella experiencia.

Una paciente, hace algunos años, me dijo, luego de un tiempo de análisis muy difícil : *“es como volver de la guerra, todo lo que vi, lo que pasé, el dolor, la miseria humana, la tristeza, ver los restos ¿cómo se hace para volver a relacionarme con los demás, mis amigos, mis padres, después de haber visto y atravesado eso? Sólo atiné a responderle: quizá más pacíficamente”*. Dejar de escuchar en los otros el tono imperativo de su madre, ante el cual se doblegaba o se rebelaba, le permitió encontrarse de otro modo en sus relaciones cotidianas. Entrelazar la pulsión escópica, y así hacerse mirar y no desaparecer como objeto tras una cámara de fotos, con la posibilidad de hablar, en principio en el análisis, fue el puntapié inicial que relanzó su deseo como cineasta.

Lacan se pregunta en 1953 *“¿Qué es esa experiencia singular entre todas, que va a aportar transformaciones tan profundas a esos sujetos? ¿Y qué son tales transformaciones? ¿Cuál es su resorte?”* Curiosamente responde que *“el hombre común, público no parece sorprenderse de la eficacia de esta experiencia que se desarrolla en palabras”* y agrega con una simpleza que agradezco: *“tiene razón, puesto que funciona y para explicarla parecería*

*que no tuviéramos de entrada más que demostrar el movimiento andando. Hablar es ya introducirse en el sujeto de la experiencia analítica.* Sujeto del deseo, que por hablar, no sólo desplegará los significantes de su historia, aquellos con los cuales se ha hecho una trama ficcional que le da un lugar ante la pregunta por el deseo del Otro, ante la castración; también desplegará, lo mudo pulsional, con sus enlaces que lo dejan más o menos a la vera de los caminos del goce.

Ese sujeto de la experiencia incluye lo que queda irremediabilmente por fuera, un real que insiste mas allá de las épocas, y constituye el centro de esa miseria neurótica de la que Freud nos cuenta. Poder **hacer allí** con eso que escapa a todo análisis posible, que insistirá en nuestra vida cotidiana, ubica una eficacia del psicoanálisis en un análisis, uno por uno. No se tratará de eliminarlo, y por ello el psicoanálisis como práctica incluye algo inédito en el lazo. Volver al discurrir cotidiano, apostando a un mejor calce entre amor, deseo y goce, acaso ¿no pacifica el lazo con los otros?

No será por amar más al prójimo, o desearle el bien, o abstenernos de algunos goces, que los psicoanalistas podríamos declararnos pacifistas, aunque algo de ello sea esperable en el encuentro con los otros. Será, entiendo, por su eficacia en la inscripción de la castración como hecho de experiencia en el lazo con el otro, que podrá recoger, como efecto, una mayor tolerancia en esa trama que implica la vida cotidiana. No siempre y sin garantías, pero vale la apuesta.

Maren Balseiro